



A D R

I A N

Ó P O

EL FIN DEL IMPERIO ROMANO

L I S

ALESSANDRO BARBERO

Ariel

Alessandro Barbero

Adrianópolis

El fin del imperio romano

Traducción de Chiara Orlandi

Ariel

Título original:
9 agosto 378. Il giorno dei barbari

1.^a edición en esta presentación: junio de 2014
Edición anterior, con el título *El día de los bárbaros*: mayo de 2007

© 2005, Gius, Laterza & Figli

© 2007, de la traducción: Chiara Orlandi

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 2007 y 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-344-1852-3

Depósito legal: B. 10.870 - 2014

Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

<i>Prólogo</i>	7
Capítulo I	
El Imperio romano en el siglo IV	9
Capítulo II	
El imperio y los bárbaros	19
Capítulo III	
Los godos y Roma	31
Capítulo IV	
La emergencia del año 376	51
Capítulo V	
El estallido de la guerra	73
Capítulo VI	
La batalla de los Sauces	85
Capítulo VII	
La guerra se prolonga	101
Capítulo VIII	
Valente se mueve	117

Capítulo IX	
Adrianópolis, 9 de agosto de 378	133
Capítulo X	
Tras el desastre	161
Capítulo XI	
Teodosio	181
Capítulo XII	
La reacción antibarbárica	195
<i>Consejos de lectura</i>	209
<i>Índice de nombres</i>	235

Capítulo I

El Imperio romano en el siglo IV



1

¿Qué era el Imperio romano, en el año 378 después de Cristo? Para empezar, era un imperio inmenso, con unos horizontes geográficos muy distintos a los de la Europa actual. Hoy en día nuestra civilización es continental, abierta si acaso hacia el Atlántico; el Mediterráneo para nosotros es una frontera, y más allá, en la percepción común, hay otra civilización, otro mundo. En cambio, el Imperio romano coincidía con la cuenca del Mediterráneo; el mar era su centro, el *mare nostrum*. Los límites del imperio eran otros: eran los grandes ríos que para nosotros son el corazón de Europa, el Rin, el Danubio, y que para los romanos, en cambio, eran zonas fronterizas, avanzadillas de la civilización. Otro gran río, el Tigris, era la frontera de Roma hacia Oriente; a nosotros nos parecen lugares lejanos y exóticos, y sin embargo el imperio llegaba hasta allí, y probablemente los funcionarios, los militares, los comerciantes romanos se sentían menos desplazados en Mesopotamia que no en los emplazamientos gélidos del Norte. Y después estaba el Sur, donde las fronteras del imperio eran el desierto africano y el arábigo: porque los romanos habían avanzado hasta allí, en lo más profundo de África y de Arabia, y no sólo con los puestos fortificados de frontera y sus guarniciones de legionarios, sino con las ciudades comerciales, las casas patro-

nales, los latifundios; con los olivos, las viñas y el trigo. El Mediterráneo era el corazón latente y el sistema nervioso de todo este mundo, atravesado por naves de carga que transportaban, por ejemplo, aceite y trigo de Túnez hasta Roma, la metrópolis de un millón de habitantes, que consumía una enorme cantidad de víveres.

En resumen, cuando pensamos en los países que constituían el imperio, no debemos evocar únicamente las provincias europeas, aquellas que a nosotros, con nuestra mirada de occidentales, nos parecen obviamente más familiares: España, arrebatada ya a los cartagineses; las Galias, conquistadas por Julio César; Britania, perdida entre las nieblas del Atlántico; Italia, que en la época de la batalla de Adrianópolis había perdido desde hacía tiempo su papel, y sus privilegios, como centro del imperio. El imperio de Roma lo constituían también las provincias balcánicas, donde entre otras cosas se reclutaban los mejores soldados; Asia menor, es decir, la que para nosotros es, en la actualidad, Turquía; Siria, Palestina, Egipto, en definitiva, todo Oriente Medio, incluida una parte de Arabia; y después la franja costera del Norte de África, el actual Magreb. Todo este mundo que para nosotros, europeos, representa otro lugar, entonces era parte integral del mundo romano; es más, eran justamente éstas las provincias más ricas y civilizadas del imperio. El centro de gravedad de la civilización estaba en Oriente; justamente por esta razón, Constantino, desde hacía algunos años, había fundado su nueva capital, Constantinopla, para sustituir a Roma. Constantinopla, como sabemos, es hoy en día Estambul, la metrópolis de Turquía; en el año 2000 se discute si este país puede entrar o no en Europa, pero entonces era justamente allí donde latía el corazón del Imperio romano. Un imperio donde se hablaba latín, pero también griego o, mejor dicho, cada vez más griego porque

aquél era el idioma de Oriente. El latín era todavía, en todas partes, el idioma de los tribunales y de los cuarteles, era el idioma en el que se escribían las leyes; pero en las grandes ciudades de las provincias orientales, las mismas donde el cristianismo había conocido su primera difusión, el idioma dominante era el griego.

2

Nosotros estamos acostumbrados a pensar en el Imperio romano en las vísperas de las invasiones bárbaras como en un organismo en profunda decadencia. Incluso en nuestro lenguaje cotidiano, cuando hablamos del bajo imperio evocamos corrupción e inútil ostentación, eunucos y concubinas, refinadas torturas y disquisiciones teológicas abstractas, todo un mundo en decadencia tanto moral como material. Uno de los libros de historia más famosos de todos los tiempos es el del inglés Gibbon, que en el Setecientos dedicó a esta época una obra poderosa, destinada a tener una enorme influencia, y titulada justamente *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. Las cosas, en realidad, no estaban en absoluto de esta manera; el imperio tenía dos serios problemas que jamás logró resolver, las continuas usurpaciones de generales que se hacían aclamar como emperadores por sus tropas, posiblemente tras haber asesinado al emperador vigente, y las correrías de los bárbaros a través de las fronteras; pero en el siglo IV estos dos problemas parecían estar bastante controlados. En el pasado había habido momentos mucho peores: como en el siglo III, cuando en el trono imperial se sucedieron algo así como veintidós emperadores en cin-

cuenta años, casi todos fallecidos de una muerte horrible. En aquella época las invasiones de los bárbaros habían llegado hasta el corazón de aquellas provincias consideradas como las más seguras, habían llevado el pánico a la llanura del valle del Po e incluso hasta Atenas; sin embargo, el imperio había sobrevivido.

Habían salvado la situación una serie de emperadores particularmente enérgicos, todos con carrera militar y nombrados por el ejército: gente como Aureliano, el que construyó los Muros Aurelianos de Roma, Diocleciano, el autor de la última gran persecución contra los cristianos, y naturalmente Constantino. Eran hombres de acción, con ideas claras y sistemas brutales, y con esos sistemas habían levantado de nuevo el imperio, sin preocuparse demasiado del precio que la población había tenido que pagar. Habían reintroducido el reclutamiento obligatorio, aumentado los impuestos, reforzado la burocracia y la policía secreta; puesto que era mucha la gente que estaba totalmente en desacuerdo con estas medidas, habían introducido leyes severísimas contra la deserción, la evasión fiscal, la lesa majestad; habían convertido al emperador en una figura sagrada e intocable, al que la gente común no tenía ni siquiera el derecho de mirar; habían amenazado a los disidentes con terribles castigos. No era necesario conspirar contra el emperador para ser condenados a la hoguera; con hacer un horóscopo para intentar conocer el día de su muerte, era suficiente.

Si lo juzgamos con los criterios de hoy en día, el imperio levantado de nuevo por esos generales, el imperio del siglo IV, posee aspectos totalitarios que no nos gustan lo más mínimo, y resulta inevitable pensar que no habríamos tenido ningunas ganas de vivir bajo el poder de esos tiranos. Sin embargo, la receta funcionaba, el imperio había resurgido, la economía tiraba hacia delante, había movimiento de

dinero y ciudades grandes y prósperas, más en el Oriente griego que en el Oriente latino, para ser sinceros; pero en fin, se mire por donde se mire, era una sociedad llena de contradicciones, pero no un imperio en decadencia.

3

En el año 378, el de Roma no era un imperio en decadencia ni siquiera desde el punto de vista cultural y moral; estaba en proceso de transformación, eso sí. Porque el siglo IV es la época en la que el imperio se convierte al cristianismo. Constantino ha puesto fin a las persecuciones desde el año 313, con el edicto de Milán; ha declarado que para garantizar la prosperidad del imperio es necesario que sean toleradas todas las religiones, y que cada uno pueda rezar a Dios a su manera. Preciosas palabras; sin embargo, más adelante Constantino hará entender claramente que para él la religión cristiana es la más adecuada para garantizar la felicidad de los súbditos, y que la Iglesia cristiana, cuando lo necesite, podrá contar con el apoyo concreto del gobierno. Después de Constantino todos los emperadores serán cristianos, excepto uno, Juliano, que, en efecto, los cristianos llamarán el Apóstata, es decir, el renegado. Esto no quiere decir que haya desaparecido la cultura tradicional: las ciudades del imperio siguen estando llenas de rétores, filósofos, poetas, en su mayor parte paganos, que mantienen con vida la tradición de la oratoria, de la filosofía y de la poesía clásica, en latín y en griego. Pero al lado de la cultura pagana se está imponiendo otra, la cristiana, que no borra las antiguas raíces, sino que les imprime una nueva dirección, una nueva vitalidad.

La época de la que estamos hablando es aquella en la que viven algunos de los más grandes Padres de la Iglesia, los intelectuales que trabajan para darle al cristianismo sus bases filosóficas —y el cristianismo, como sabemos, es, desde el punto de vista teórico, una religión complicada—. Basta con echar las cuentas: en el 378, el año de Adrianópolis, san Ambrosio era obispo de Milán, aunque no había llegado ni siquiera a los cuarenta; san Agustín era un estudiante con buenas esperanzas en una gran ciudad africana, y estaba apenas en los albores de su aventura espiritual, todavía más unido a la secta de los maniqueos que a la Iglesia católica; san Jerónimo tenía unos treinta años, acababa de concluir su excitante, aunque decepcionante, experiencia como eremita en el desierto de Mesopotamia y se preparaba para regresar a Italia para dedicarse a la verdadera gran empresa de su vida, la traducción de la Biblia del griego al latín, la que nosotros conocemos como la *Vulgata*. En las Galias, además, estaba san Martín, el que cortó su capa para regalársela a un pobre; era el más viejo de todos, tenía más de sesenta años e intentaba conciliar su vocación de monje con el oneroso cargo de obispo de Tours que la población había elegido para él.

Bastan estos pocos nombres, a los que hay que añadir los de los grandes Padres griegos, menos conocidos por nosotros, pero igualmente importantes en la historia de la Cristiandad, san Basilio de Cesarea, san Gregorio de Nisa, san Gregorio de Nacianzo, san Juan Crisóstomo, para dar una idea de la increíble vitalidad de la cultura cristiana en aquel momento. Lo cierto es que era también litigiosa, estaba lacerada por las disputas teológicas, llena de movimientos heréticos que combatían entre sí, pero en definitiva se trataba de una cultura que, cada vez con más contundencia, estaba entonando a todo el Imperio romano. De hecho, en el año 380, con el edicto de Tesalónica, el emperador Teo-

dosio establecerá por ley que el cristianismo católico, tal como se había fijado en el concilio de Nicea, debía ser la única religión obligatoria para todos los súbditos del imperio, un drástico cambio de rumbo respecto a la tolerancia del edicto de Constantino. Habían pasado apenas dos años desde la batalla de Adrianópolis, y este vuelco represivo del gobierno imperial puede contarse también, en cierta manera, entre las consecuencias de aquel desastre.